

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

¿QUÉ ES UNA NACIÓN?

Ernest Renan*

**Módulo: Aproximaciones teóricas: Nación
Lectura Complementaria**

Lima, Junio del 2002

* Conferencia pronunciada en la Sorbona, el 11 de marzo de 1882. En: Ernest Renán, *¿Qué es una nación? Cristianismo y judaísmo. Contemporáneos ilustres. Consejos del sabio*. Editorial Elevación, Buenos Aires, 1947. Primera parte, pp. 23-42.

¿QUÉ ES UNA NACIÓN?

Ernest Renán

Me propongo analizar ante ustedes una idea, clara en apariencia, pero que se presta a los más peligrosos malentendidos. Las formas de la sociedad humana ofrecen la mayor variedad. Las grandes aglomeraciones de hombres, al modo de China, Egipto, la Babilonia más antigua, la tribu al modo de los hebreos y árabes, la ciudad al estilo de Atenas y Esparta, las reuniones de diversos países a la manera del Imperio Aqueménida, del Imperio Romano y del Carlovingio, las comunidades religiosas sin patria, mantenidas por el vínculo religioso como en el caso de los israelitas y los parsis, las naciones como Francia, Inglaterra y la mayor parte de las modernas autonomías europeas, las confederaciones como Suiza o América, parentescos como los que la raza, o más bien, la lengua, establecen entre las diferentes ramas de germanos o eslavos, he ahí los modos de agrupación que existen o existían y que no pueden confundirse entre sí, sin grandes inconvenientes. En la época de la Revolución Francesa se creía que las instituciones de pequeñas ciudades independientes, tales como Esparta y Roma, podían aplicarse a nuestras grandes naciones de treinta a cuarenta millones de habitantes. En nuestros días se comete un error más grave: confundir la raza con la nación, llegándose a atribuir a grupos étnicos, o mejor lingüísticos, una soberanía análoga a la de los pueblos existentes en realidad. Intentemos alcanzar alguna precisión en estas cuestiones difíciles, en las cuales la menor confusión sobre el sentido de las palabras, cuando se comienza a razonar, puede producir a la postre, los errores más funestos. Lo que hemos de realizar es delicado: se trata casi de una vivisección; vamos a tratar a los vivos como se trata de ordinario a los muertos. Hemos de hacerlo con la frialdad e imparcialidad más absolutas.

I

Desde el fin del Imperio Romano, o más precisamente, desde la dislocación del Imperio de Carlomagno, Europa aparece a nuestros ojos dividida en naciones, algunas de las cuales en determinadas épocas, procuraron ejercer cierta hegemonía sobre las otras, sin conseguirlo jamás de una manera durable. Es probable que nadie pueda realizar en el futuro lo que Carlos V, Luis XIV y Napoleón I no pudieron conseguir. El establecimiento de un nuevo Imperio Romano o de un nuevo Imperio de Carlomagno se ha convertido en un imposible. La división de Europa es demasiado profunda como para que una tentativa de dominio universal no provoque de inmediato una coalición que obligue al país ambicioso a reintegrarse a sus límites naturales. Se ha establecido para mucho tiempo una especie de equilibrio. A pesar de las aventuras que pudieran emprender, Francia, Inglaterra, Alemania o Rusia, serán todavía por algunos cientos de años, individualidades históricas, piezas esenciales de un damero, cuyas casillas nunca se confunden de un modo total.

Las naciones, comprendidas en este sentido, resultan bastante recientes en la historia. La antigüedad no las conoció. Egipto, China, la antigua Caldea no fueron

naciones en ningún sentido. Eran rebaños conducidos por un Hijo del Sol o del Cielo. No existieron ciudadanos egipcios como no hubo ciudadanos chinos. La antigüedad clásica conoció repúblicas y monarquías municipales, confederaciones de repúblicas locales, imperios; en cambio, casi no hay en ella ejemplos de la nación en el sentido en que la entendemos nosotros. Atenas, Esparta, Sidón, Tiro, son pequeños centros de admirable patriotismo, pero no pasan de ser ciudades con un territorio relativamente restringido. La Galia, España, Italia, antes de su absorción en el Imperio Romano, eran agrupaciones de pueblos, a menudo ligados entre sí, pero sin instituciones comunes, sin dinastías. El Imperio Asirio, el Persa, el de Alejandro, tampoco fueron patrias verdaderas. No hubo nunca patriotas asirios; el Imperio Persa fue un vasto feudo. Ninguna nación tiene origen en la colosal aventura de Alejandro a pesar de lo rica que fue en consecuencias para la historia general de la civilización. El Imperio Romano estuvo mucho más cerca de ser una patria. El inmenso beneficio que produjo el cese de las guerras trajo como resultado que se llegara a amar la dominación romana, que al comienzo resultó muy dura de soportar. Era una gran asociación, sinónimo de orden, de paz y de civilización. Hacia los últimos tiempos del Imperio hubo en las almas elevadas, en los obispos ilustrados, en los doctos, un verdadero sentimiento de la "paz romana", opuesto al caos amenazante de la barbarie. Pero un imperio que alcanzaría unas doce veces el tamaño de la Francia actual, no podría Considerarse como un Estado en la acepción moderna de la palabra.

La escisión entre el Oriente y el Occidente era inevitable. Los ensayos de un imperio galo, en el siglo III, no tuvieron ningún éxito. El principio que sirvió más tarde como base a la existencia de las nacionalidades, fue introducido en el mundo por la invasión germánica.

En efecto: ¿ qué hicieron los pueblos germánicos desde sus grandes invasiones del siglo V hasta las últimas conquistas normandas del siglo X ? Poco cambiaron el fondo de las razas, pero impusieron dinastías y aristocracias en partes más o menos considerables del antiguo imperio de Occidente, las cuales tomaron el nombre de sus invasores. De ahí una Francia, una Borgoña, una Lombardía, y más tarde una Normandía. La rápida preponderancia que alcanzó el imperio franco, restituyó por un momento la unidad del Occidente; pero este imperio se quiebra irremisiblemente hacia mediados del siglo IX; el tratado de Verdún trazó divisiones insalvables en principio y desde entonces Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, España se encaminaron por rutas a veces extraviadas ya través de mil peripecias, a su plena existencia nacional, tal como las vemos mantenerse en nuestros días.

¿Qué es lo que caracteriza en definitiva a estos diferentes Estados? La fusión de las poblaciones que los componen. En los países que hemos enumerado, nada encontraremos de análogo a lo que encontraríais en Turquía, donde el turco, el eslavo, el griego, el armenio, el árabe, el sirio, el curdo, son tan distintos en la actualidad como en el día de la conquista. Contribuyeron a este resultado dos circunstancias esenciales: en primer lugar, el hecho de que los pueblos germánicos adoptaron el cristianismo en cuanto se hicieron intensos sus contactos con los pueblos griegos y latinos. Cuando el vencedor y el vencido pertenecen a la misma religión, o mejor aún, cuando el vencedor adopta la religión del vencido, el sistema turco, o sea la distinción absoluta de los hombres según la religión, no puede producirse. La segunda circunstancia de parte de los conquistadores, consistió en el olvido de su propia lengua. Los nietos de Clodoveo, de Alarico, de Gondebaudo, Alboino, Rolón, hablaban ya romano. A su vez, este hecho era consecuencia de otra particularidad importante: los francos, burgundios, godos,

lombardos, normandos, rara vez conservaron a su lado mujeres de su propia raza. Durante muchas generaciones los jefes casaron únicamente con mujeres germanas, pero sus concubinas fueron latinas, las nodrizas de sus hijos fueron latinas, toda la tribu desposó mujeres latinas, lo cual hizo que la *lingua francica*, la *lingua gothica* no tuvieran ya sino un breve destino desde que los francos y los godos se establecieron en tierras romanas. No sucedió lo mismo en Inglaterra, pues la invasión anglosajona llevó sin duda mujeres consigo; la población bretona huyó y, por lo demás, el latín no existía ya o por lo menos no fue nunca dominante en Bretaña. Si en el siglo V se hubiera hablado generalmente galense en la Galia, Clodoveo y los suyos no hubiesen abandonado el germánico por el galense.

De ello resultaba algo de suma importancia y era que, a pesar de la extrema violencia de las costumbres de los invasores germánicos, el molde que ellos impusieron llegó a ser con los siglos, el molde mismo de la nación. "Francia" se transformó de modo completamente legítimo en el nombre de un país donde no entraba sino una imperceptible minoría de francos. En el siglo X se encuentra en las primeras canciones de gesta, que son un perfecto espejo del espíritu de su tiempo. la idea de que todos los habitantes de Francia son franceses. El concepto de que existiera una diferencia de razas en la población de Francia, aparece evidente en Gregorio de Tours, pero no se presenta de ningún modo en los escritores y poetas franceses posteriores a Hugo Capeto. La diferencia entre el noble y el villano se intensifica todo lo posible, pero esta diferencia no es nunca de carácter étnico; es una diferencia de valor, de hábito y de educación, transmitida por herencia; la idea de que el origen de todo esto sea una conquista no se encuentra en ningún escritor. El falso sistema según el cual la nobleza debe su origen a un privilegio conferido por el rey, en retribución de grandes servicios prestados a la nación, de modo que todo noble es un ennoblecido. es considerado un dogma a partir del siglo XIII. Lo mismo sucedió después de casi todas las conquistas normandas. Al cabo de una o dos generaciones, los invasores normandos no se distinguían del resto de la población; su influencia había sido profunda por cierto : habían dado al país conquistado una nobleza. hábitos militares y un patriotismo que no tenían con anterioridad.

El olvido, y yo diría, el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es con frecuencia peligroso para la nacionalidad. En efecto, la investigación histórica saca a luz los hechos de violencia que acontecieron en los orígenes de todas las formaciones políticas, aun de aquellas que tuvieron las más bienhechoras consecuencias. La unidad se consumió siempre de modo brutal; el enlace de la Francia del norte con la del mediodía resultó de una exterminación y de un terror continuados durante cerca de un siglo. Me atrevo a afirmar que el rey de Francia es el tipo ideal de un *crystalizador* secular; ha llevado a cabo la más perfecta unidad nacional que haya existido, pero al ser visto de cerca perdió su prestigio: la nación que había formado lo maldijo y hoy apenas si los espíritus cultos saben lo que valía y lo que hizo.

El contraste permite advertir estas grandes leyes de la historia de Europa occidental. Muchos países fracasaron en la empresa que llevó a término tan admirablemente el rey de Francia, en parte gracias a su tiranía, en parte por su justicia. Bajo la corona de San Esteban los magiares y los eslavos han permanecido tan distintos como hace ochocientos años. Lejos de fundir los diversos elementos de sus dominios, la casa de Habsburgo los mantuvo separados Ya menudo Opuestos unos a otros. En Bohemia, el elemento checo y el alemán se superponen como el aceite y el agua en Un

vaso. La política turca de la separación de las nacionalidades de acuerdo con la religión ha traído consecuencias mucho más graves: provocó la ruina del Oriente. Tómese una ciudad como Salónica o Esmirna : hallaréis en ella cinco o seis comunidades, cada una con sus tradiciones y sin tener entre sí casi nada de común. y la esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan mucho de común, pero también en que todos hayan olvidado bastantes cosas. Ningún ciudadano francés sabe si es burgundio, alano, taifal o visigodo; todo ciudadano francés debe haber olvidado la San Bartolomé y las masacres del Mediodía en el siglo XIII. No existen en Francia diez familias que pudiesen proporcionar pruebas de un origen franco. e inclusive se trataría de una prueba defectuosa por esencia, debido a los miles de cruzamientos desconocidos que pueden descomponer todos los sistemas de los genealogistas.

Por lo tanto, la nación moderna es un resultado histórico provocado por una serie de hechos que convergen en un mismo sentido. En ocasiones, la unidad fue realizada por una dinastía, como en el caso de Francia; otras veces lo fue por la voluntad directa de las provincias, como aconteció con Holanda, Suiza y Bélgica, o por un espíritu general, vencedor tardío de los caprichos del feudalismo, como en Italia y Alemania. Siempre presidió estas formaciones una profunda razón de ser. En tales casos, los principios salen a luz gracias a las sorpresas más inesperadas. Hemos visto en nuestros días a Italia unificada por sus derrotas ya Turquía demolida por sus victorias. Cada desastre hacía progresar los asuntos de Italia, cada victoria hundía más a Turquía, pues Italia es una *nación* y Turquía, fuera de Asia Menor, no tiene ese carácter. A Francia pertenece la gloria de haber proclamado en la Revolución Francesa que una nación existe por ella misma. No debemos lamentar que se nos imite. El principio de las naciones es el nuestro. Pero entonces, ¿qué es una nación, en definitiva? ¿Por qué Holanda es una nación y no lo son el Hanóver y el gran ducado de Parma? ¿Cómo persiste Francia en ser una nación cuando el principio que la creó ha desaparecido? ¿Por qué Suiza, con tres lenguas, dos religiones y tres o cuatro razas, es una nación, mientras que la Toscana, por ejemplo, que es tan homogénea, no constituye una de por sí ? ¿Por qué Austria es un *Estado* y no una *nación*? ¿En qué se diferencia el principio de las nacionalidades del principio de las razas?

He ahí una cantidad de puntos sobre los que tiende a fijarse un espíritu reflexivo, a fin de ponerse de acuerdo consigo mismo. Los asuntos de este mundo casi no son influidos por esta clase de razonamientos, pero los hombres sensatos quieren aplicar alguna razón en estas materias y desenredar las complicaciones que confunden a los espíritus superficiales.

II

Al decir de ciertos teorizadores políticos, una nación es, ante todo, una dinastía que representa una antigua conquista, aceptada primero y olvidada después por la masa del pueblo. Según los políticos a que me refiero, la reunión de provincias realizada por una dinastía mediante sus guerras, matrimonios y tratados, termina con la dinastía que la formó. Es muy cierto que la mayoría de las naciones modernas han sido creadas por una familia de origen feudal, desposada con el suelo y que en cierto modo ha sido Un núcleo de centralización. Los límites de Francia en 1789 no tenían nada de natural ni de necesario. La amplia zona que la casa de los Capetos había agregado a la estrecha faja del tratado de Verdún, fue en verdad, adquisición personal de esta casa. En la época en que se llevaron a cabo las anexiones no se conocía la idea de los límites naturales ni el

concepto del derecho de las naciones o de la voluntad de las provincias. La unificación de Inglaterra, Irlanda y Escocia fue también Un Suceso dinástico. Italia tardó tanto en ser una nación debido al hecho de que entre sus numerosas casas reinantes, ninguna se transformó en centro de unidad antes del siglo actual. ¡Cosa extraña que debiera su título real a la oscura isla de Cerdeña, tierra apenas italiana!¹. Holanda, que se creó a sí misma por un acto de heroica resolución, no dejó de contraer una íntima alianza con la casa de Orange y correría serios peligros el día en que esta unión se viera comprometida.

¿Pero esta ley es absoluta? Sin duda, no. Suiza y los Estados Unidos, que se formaron como conglomerados de adiciones sucesivas, no poseen ninguna base dinástica. No discutiré la cuestión en lo que a Francia se refiere. Habría que conocer el secreto del porvenir. Digamos sólo que esta gran monarquía francesa había sido tan profundamente nacional, que al día siguiente de su caída, la nación pudo subsistir sin ella, y además, el siglo XVIII había cambiado todas las cosas. El hombre había vuelto, luego de muchas centurias de sojuzgamiento, al espíritu antiguo, al respeto de sí mismo ya la idea de sus derechos. Las palabras patria y ciudadano habían recuperado su sentido. De esta manera pudo llevarse a término la operación más ardua que se haya realizado en la historia, operación que podría compararse a lo que en fisiología sería tratar de hacer vivir en su identidad primordial un cuerpo privado de su cerebro y su corazón.

Debe admitirse, por lo tanto, que una nación puede existir sin principio dinástico y también que naciones formadas por dinastías, pueden separarse de éstas sin dejar de existir por ello. El antiguo principio, que sólo tiene en cuenta el derecho de los príncipes, no podría continuar manteniéndose; además del derecho dinástico existe el derecho nacional. ¿Sobre qué criterio ha de fundarse este derecho nacional?; ¿con qué signo ha de distinguírsele?; ¿de qué hecho tangible ha de hacérselo derivar?

I. De la raza, dicen muchos sin hesitación. Las divisiones artificiales nacidas del feudalismo, de los matrimonios principescos, de los congresos diplomáticos, han caducado en su totalidad. Lo que es firme e inalterable, es la raza de las poblaciones, he aquí lo que constituye un derecho, una legitimidad. La familia germánica, por ejemplo, de acuerdo con la teoría que expongo, tiene el derecho de reunir los miembros esparcidos del germanismo aun cuando estos miembros no busquen la unión. El derecho del germanismo sobre tal provincia es más fuerte que el derecho de los habitantes de tal provincia sobre ellos mismos. De este modo se crea una especie de derecho primordial análogo al de los reyes de derecho divino: el principio de la etnografía reemplaza al de las naciones. Grave error, que si se hiciera general llevaría a la pérdida de toda civilización europea. Tan fuerte y legítimo es el principio de las naciones, cuanto estrecho y lleno de peligros para el verdadero progreso resulta el derecho primordial de las razas.

Reconocemos que en la tribu y en la ciudad antiguas, el hecho de la raza tenía una importancia de primer orden. La tribu y la ciudad antiguas no eran más que una extensión de la familia. En Esparta y Atenas, todos los ciudadanos eran parientes en grado más o menos cercano. Lo mismo sucedía entre los Beni-Israel, idéntica cosa en las tribus arábicas. De Atenas, Esparta y la tribu israelita, transportémonos al Imperio Romano. La situación ha variado por completo. Formado primero por la violencia, mantenido luego por el interés, esta gran aglomeración de ciudadanos, de provincias

¹ La casa de Saboya debe su título real a la posesión de Cerdeña (1720).

absolutamente diferentes, asestó a la idea de raza el golpe más grave. El cristianismo, con su carácter universal y absoluto, actuó en el mismo sentido con mayor eficacia aún. Contrajo una alianza íntima con el Imperio Romano y como resultado de estos dos incomparables agentes de unificación, la razón etnográfica fue descartada del gobierno de las cosas humanas por un plazo de siglos.

La invasión de los bárbaros fue, pese a todas las apariencias, un paso más en este camino.

La fragmentación de reinos bárbaros no tiene nada de etnográfico, se regula por la fuerza o el capricho de los invasores. La raza de las poblaciones que dominaban les era indiferente por completo. Carlomagno realizó a su modo lo que Roma había hecho ya: un imperio único compuesto de las razas más diversas. Los autores del tratado de Verdún trazaron fríamente dos grandes líneas de norte a sur sin cuidarse en absoluto de la raza a que pertenecieran las gentes que se hallaban a derecha o izquierda. Los movimientos de fronteras que se operaron a continuación en la Edad Media, estuvieron también al margen de toda tendencia etnográfica. Si la política seguida por la casa capeta llegó a reunir bajo el nombre de Francia a los que en gran parte habían sido territorios de la antigua Galia, no fue por efecto de tendencias de estos países a reunirse con sus congéneres. El Delfinado, la Bresse, la Provenza, el Franco Condado, no recordaban ya un origen común. Toda conciencia gala había desaparecido desde el siglo segundo de nuestra era, y sólo por una idea erudita retrospectiva se habla en nuestros días de la individualidad del carácter galo.

La consideración etnográfica no entra para nada en la constitución de las naciones modernas. Francia es céltica, ibérica, germánica. Alemania germánica, céltica y eslava. Italia es el país en que la etnografía se encuentra más enrevesada: galos, etruscos, pelasgos, griegos, sin hablar de otros muchos elementos, se entrecruzan allí en una combinación indescifrable. Las Islas Británicas, en su conjunto, ofrecen una mezcla de sangre celta y germánica cuyas proporciones difícilmente podrían determinarse. La verdad es que no existen razas puras, y que hacer descansar la política en el análisis etnográfico en fundarla en una quimera. Los países más nobles, Inglaterra, Francia, Italia, son aquellos en que la sangre está más mezclada. ¿Es una excepción Alemania a este respecto? ¿Es un país germánico puro? ¡Qué ilusión! Todo el sur fue galo. Todo el este, a partir del Elba, es eslavo. y aquellas partes que se pretende ofrecer como ejemplo de pureza, ¿lo son realmente? Hemos llegado aquí a un problema sobre el cual importa más aclarar las ideas y prever los malentendidos.

Las discusiones sobre las razas no terminan nunca, porque la palabra raza es tomada por los historiadores, filólogos y antropólogos fisiólogos en dos sentidos por completo diferentes. Para los antropólogos, la raza tiene el mismo sentido que en zoología: indica una descendencia real, un parentesco por la sangre. Pero el estudio de las lenguas y de la historia no conduce a las mismas divisiones que la fisiología. Las palabras "braquicéfalo" y "dolicocéfalo" no encuentran lugar en la historia ni en la filología. En el grupo humano que creó las lenguas y la disciplina arias, había ya braquicéfalos y dolicocéfalos. Lo mismo debe decirse del grupo primitivo que creó las lenguas y las instituciones llamadas semíticas. En otros términos, los orígenes zoológicos de la humanidad son anteriores en grado sumo a los orígenes de la cultura, de la civilización, del lenguaje. Los grupos ario primitivo, semita primitivo, turanio primitivo, carecían de toda unidad fisiológica. Estos grupos son hechos históricos que tuvieron existencia en cierta época, pongamos hace unos quince o veinte mil años,

mientras que el origen zoológico de la humanidad se pierde en tinieblas incalculables. Lo que llamamos raza germánica desde el punto de vista filológico o histórico, es sin duda una familia particular en la especie humana. Pero, ¿se trata también de una familia en sentido antropológico? De seguro que no. La aparición de la individualidad germánica en la historia no se realiza sino muy pocos siglos antes de Cristo. En apariencia, los germanos no salieron de su tierra en esta época. Antes de ello, fundidos con los eslavos en la gran masa indistinta de los escitas, no poseían

individualidad aparte. Un inglés posee un tipo bien característico en la humanidad. El tipo de lo que impropriamente se llama raza anglosajona², no es el bretón de tiempos de César, ni el anglosajón de Hengist o el danés de Knut, ni el normando de Guillermo el Conquistador: es la resultante de todo ello. El francés no es ni un galo ni un franco ni un burgondo. Es lo que surgió de la gran caldera donde, bajo la dirección del rey de Francia, fermentaron juntos los más diversos elementos. Un habitante de Jersey o Guernesey no difiere en nada por sus orígenes de la población normanda de la costa vecina. En el siglo XI, el ojo más penetrante no hubiera podido advertir la más ligera diferencia entre las dos márgenes del Canal. Circunstancias insignificantes explican que Felipe Augusto no tomara estas islas con el resto de la Normandía. Separadas una de otra por cerca de setecientos años, ambas poblaciones no sólo llegaron a ser extrañas una a otra sino desemejantes en un todo. Por lo tanto, la raza, como la entendemos nosotros los historiadores, es algo que se hace y deshace. El estudio es capital para el sabio que se ocupa de la historia de la humanidad. En política no tiene aplicación. La conciencia instintiva que ha presidido la preparación del mapa de Europa no tuvo en cuenta la raza, y las primeras naciones de Europa son naciones de sangre esencialmente mezclada.

El hecho de la raza, capital en sus orígenes, va perdiendo importancia cada día. La historia humana difiere en forma absoluta de la zoología. La raza no lo es todo como entre los roedores y felinos, y nadie tiene derecho a salir por el mundo a palpar el cráneo de las gentes y luego tomarlas de la garganta, diciéndoles: "¡Eres de nuestra raza, nos perteneces!" Más allá de los caracteres antropológicos están la razón, la justicia, la verdad, la belleza, que son idénticos para todos. Obsérvese que esta política no ofrece ninguna seguridad. Hoy la explotáis contra otros, mañana la veréis volverse contra vosotros mismos. ¿Acaso no es probable que los alemanes que tan alta elevaron la bandera de la etnografía lleguen a ver que los eslavos comiencen a analizar los nombres de los pueblos de Sajonia y Lusacia, buscar los rastros de los wiltzos y obotritas y pedir cuentas de las masacres y ventas en masa que los Otones hicieron de sus antepasados? A todos conviene saber olvidar.

Aprecio mucho la etnografía; es una ciencia de alto interés, pero como la quiero libre, deseo verla independiente de toda aplicación política. En etnografía, como en todos los estudios, los sistemas cambian, es la condición del progreso. ¿Habrán de cambiar las naciones al par de los sistemas? Los límites de los Estados seguirían las fluctuaciones de las ciencias. El patriotismo dependería de una disertación más o menos paradójal. Se diría al patriota: "Estás equivocado, viertes tu sangre por talo cual causa; crees ser celta y no es así: eres germano." Luego, diez años después, se le dirá que es eslavo. Para no falsear la ciencia, evitémosle el abrir juicios sobre problemas en que tantos intereses están comprometidos. Estad seguros de que si le encargamos

² Los elementos germánicos no son mucho más considerables en el Reino Unido que en Francia, en la época en que poseía Alsacia y Metz. La lengua germánica dominó en las Islas Británicas sólo porque el latín no reemplazó del todo a los idiomas célticos. cosa que aconteció en Galia.

proporcionar elementos a la diplomacia, se la sorprendería muchas veces en flagrante delito de complacencia. La etnografía tiene algo mejor que hacer; pidámosle solamente la verdad.

II. Lo que hemos dicho de la raza debe aplicarse también a la lengua. La lengua invita, pero no obliga a reunirse. Estados Unidos e Inglaterra, América española y España hablan la misma lengua y no forman una sola nación. Suiza, por el contrario, tan perfectamente compuesta por el consentimiento de sus diferentes partes, cuenta tres o cuatro lenguajes. Existe en el hombre algo superior a la lengua: la voluntad. La voluntad de Suiza para unirse a pesar de la variedad de estos idiomas, es un hecho mucho más importante que una similitud de lenguaje resultante a menudo de vejaciones antiguas. Es honroso para Francia el hecho de que ella nunca haya intentado obtener la unidad de la lengua mediante coerciones. ¿No se pueden tener los mismos sentimientos, amar las mismas cosas, hablando lenguas diferentes? Hace un instante hablábamos del inconveniente que surgiría de hacer depender la política internacional de la etnografía. No serían menores los derivados de subordinarla a la filología comparada. Dejemos a estos interesantes estudios entera libertad en sus discusiones, no los mezclemos con circunstancias que alteren su serenidad. La importancia política 'que asignamos a las lenguas deriva de que se las considera signos de la raza. Nada más falso. Prusia, donde hoy no se habla sino alemán, empleaba el eslavo no hace muchos siglos. El país de Gales habla inglés, La Galia y España hablan el idioma primitivo de Alba Longa ; Egipto utiliza el árabe; los ejemplos son innumerables. Aun en sus orígenes, la similitud de lengua no implicaba la similitud de raza. Tomemos la tribu protoaria o protosemita; en ella había esclavos que hablaban la misma lengua que sus amos y, sin embargo, el esclavo era a menudo de una raza diferente de la de su amo. Repitémoslo: esas divisiones de lenguas indioeuropeas, semíticas y otras, creadas con una sagacidad tan admirable por la filología comparada, no coinciden con las divisiones de la antropología. Las lenguas son formaciones históricas, que indican poco sobre la sangre de quienes las hablan y que, en todo caso, no bastarían para encadenar la libertad humana cuando se tratara de determinar la familia con la cual alguien se uniese para la vida y la muerte.

Diversos inconvenientes y peligros surgen de esta consideración exclusiva de la lengua, lo mismo que de asignar demasiada atención a la raza. Cuando se exagera, el investigador llega a encerrarse en una cultura determinada, tenida por nacional; se limita, se enclaustra. Abandona el pleno aire respirado en el vasto campo de la humanidad, para encerrarse en conventículos de compatriotas. Nada más desastroso para el espíritu, ni más pernicioso para la civilización. Mantengamos el principio fundamental de que el hombre es un ser racional y moral, antes de diferenciarse por talo cual lenguaje, de ser miembro de ésta o la otra raza, o de transformarse en adherente de alguna cultura particular. Antes de la cultura francesa, alemana, italiana, existe la cultura humana. Observad a los grandes hombres del Renacimiento: no eran franceses, ni italianos, ni alemanes. Por su relación con la antigüedad habían vuelto a encontrar el secreto de la verdadera educación del espíritu humano ya ella se dedicaron en cuerpo y alma. ¡Cuánto bien hicieron !

III. Tampoco la religión ofrecería fundamento suficiente para el establecimiento de una nacionalidad moderna. En sus orígenes la religión estaba vinculada a la existencia misma del grupo social que a su vez era la extensión de la familia. La religión y los ritos, eran ritos de familia. La religión de Atenas era el culto de Atenas misma, de sus fundadores míticos, sus leyes y sus costumbres. No implicaba ninguna teología

dogmática. Esta religión era en toda la amplitud del término, una religión de Estado. No era ateniense quien se negaba a practicarla. En el fondo se trataba del culto de la Acrópolis personificada. Jurar sobre el altar de Aglauro³ era prestar juramento de morir por la patria. Esta religión constituía el equivalente de lo que entre nosotros representa el reclutamiento o el culto de la bandera. Rehusarse a participar en semejante culto equivaldría a rehusarse a cumplir el servicio militar en nuestros días. Significaba que no se era ateniense. Por otra parte, es claro que semejante culto no tenía sentido para aquel que no fuera ateniense y por lo tanto no se ejercía ningún proselitismo para forzar a los extranjeros a aceptarlo; los esclavos de Atenas no lo practicaban. Lo mismo aconteció en algunas pequeñas repúblicas de la Edad Media. No era buen veneciano quien no juraba por San Marcos ni podía considerarse ciudadano de Amalfi quien no ponía a San Andrés por encima de todos los demás santos del paraíso. En estas pequeñas sociedades, aquello que fue más tarde persecución y tiranía, era legítimo y traía tan pocas consecuencias como entre nosotros el hecho de festejar al padre de familia y dirigirle los votos el primer día del año.

Toda esa organización, típica de Atenas y Esparta, cambió en las monarquías surgidas de la conquista de Alejandro y sobre todo en el Imperio Romano. Las persecuciones de Antíoco Epifanio para implantar en Oriente el culto de Júpiter Olímpico, las del Imperio Romano para mantener una pretendida religión de Estado, fueron una falta, un crimen, un verdadero absurdo. En nuestros días la situación es perfectamente clara. Ya no hay masas con creencias uniformes. Cada uno cree y practica a su gusto, como puede y como quiere. No hay ya religión del Estado: se puede ser francés, inglés, alemán, siendo católico, protestante, israelita o no practicando ningún culto. La religión se ha transformado en un hecho individual que se relaciona con la conciencia de cada uno. La división de naciones en católicas y protestantes ha dejado de existir. La religión, que hace cincuenta y dos años era un elemento tan importante en la formación de Bélgica, mantiene toda su importancia en el fuero interno de cada uno, pero nada tiene que hacer con las razones que presiden el trazado de los límites de los pueblos.

IV. La comunidad de intereses es sin duda un lazo poderoso entre los hombres. Sin embargo, ¿bastan los intereses para crear una nación? No lo creo. La comunidad de intereses da nacimiento a los tratados de comercio. En la nacionalidad existe un aspecto sentimental, que es alma y cuerpo a la vez: un *Zollverein* no es una patria.

V. La geografía, eso que se ha llamado fronteras naturales, tiene sin duda una parte considerable en la división de las naciones. La geografía es uno de los factores esenciales de la historia. Los ríos han conducido a las razas, las montañas las han detenido. Los primeros favorecieron los movimientos históricos y los segundos los limitaron. Pero, ¿es posible decir, como lo creen ciertos grupos, que los límites de una nación están escritos sobre el mapa y que esta nación tiene derecho de adjudicarse lo necesario para redondear ciertos límites, para alcanzar tal montaña o río a la que se atribuye una facultad limitante a priori? No conozco una doctrina más arbitraria y funesta. Con ella se justifican todas las violencias. y empecemos por preguntar si son las montañas o los ríos los que forman esas pretendidas fronteras naturales. Es evidente que las montañas separan, pero en cambio los ríos tienden más bien a unir. y además no todas las montañas podrían separar Estados. ¿Cuáles son las que separan y las que no separan? De Biarritz a Tornea no existe una embocadura de río que tenga un carácter de

³ Aglauro es la misma Acrópolis, que se consagra para salvar a la patria.

límite más pronunciado que otra. Si la historia lo hubiese querido, el Loira, el Sena, el Rin, el Mosa, el Elba, el Oder, hubieran tenido ese carácter de límite natural en idéntico grado que el Rin, carácter que, por otra parte ha provocado tantas infracciones al derecho fundamental que reside en la voluntad de los hombres. Se habla de razones estratégicas. Nada es absoluto, resulta evidente que deben hacerse muchas concesiones a la necesidad, pero no es preciso que éstas vayan demasiado lejos. De otro modo, todo el mundo las reclamará según sus conveniencias militares, lo que acarreará un estado de guerra sin término. No, no es tampoco la tierra lo que hace una nación. La tierra proporciona el *substratum*, el campo de lucha y de trabajo: el hombre pone el alma. El hombre es todo en la formación de esa cosa sagrada que se llama pueblo. Nada material es suficiente. Una nación es un principio espiritual, resultante de profundas complicaciones de la historia, una familia espiritual, no un grupo determinado por la configuración del suelo.

Hemos visto todo aquello que no basta para crear un principio espiritual semejante: la raza, el lenguaje, los intereses, la afinidad religiosa, la geografía, las necesidades militares. ¿Qué más hace falta ? No he de retener mucho más la atención después de lo dicho en páginas anteriores.

III

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, a decir verdad, no son más que una sola, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una se halla en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra el consentimiento actual, el deseo de vivir en común, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia indivisa que se ha recibido. El hombre, señores, no se improvisa. La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción. El culto de los antepasados es el más legítimo de todos, ellos han hecho de nosotros lo que somos. Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, (me refiero a la verdadera) he ahí el capital social sobre el que asentamos una idea nacional. Poseer glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente, haber hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas todavía, he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo.

Se ama en proporción de los sacrificios que se han consentido, de los males que se han sufrido. Queremos la casa que hemos construido, y que transmitimos. El canto espartano: "Somos lo que fuisteis, seremos lo que sois", es, dentro de su simplicidad, el himno resumido de toda patria.

En el pasado una herencia de gloria y de recuerdos a compartir, en el futuro, un idéntico programa a realizar; haber sufrido, gozado y esperado juntos, esto vale más que las aduanas comunes y las fronteras adecuadas a ideas estratégicas; esto se entiende a pesar de todas las diversidades de lengua y de raza. Decíamos hace un instante: "haber sufrido juntos", y es que el sufrimiento en común, liga más que la alegría. En materia de recuerdos nacionales, los dolores valen más que los triunfos, pues imponen deberes, dirigen el esfuerzo común. Por lo tanto, una nación es una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios realizados y los que se realizarán en caso necesario. Presupone un pasado, pero se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de una nación (perdonad la metáfora) , es un plebiscito de todos los días,

como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida. ¡Oh! , ya sé que esto es menos metafísico que el derecho divino, menos brutal que el pretendido derecho histórico. En el orden de ideas que expongo, una nación tampoco tiene derecho a decirle a una provincia: "Me perteneces y te tomo", como no lo tenía el rey. Para nosotros, una provincia son sus habitantes; si en estas cuestiones alguien tiene derecho a ser consultado, son sus habitantes. Una nación nunca tiene verdadero interés en anexarse o retener un país contra la voluntad de éste. La voluntad de las naciones es, en definitiva, el único criterio legítimo, al que debería acudirse siempre.

Hemos extraído de la política las abstracciones metafísicas y teológicas. ¿Qué resta? El hombre, sus aspiraciones y necesidades. Me diréis que la secesión es a la larga el destino de las naciones como consecuencias de un sistema que pone estos viejos organismos a merced de voluntades a menudo poco esclarecidas. Es claro que en tal materia ningún principio debe llevarse al exceso. Las verdades de este orden no son aplicables sino en su conjunto y de una manera muy general. Las voluntades humanas cambian, pero ¿qué es lo que no cambia en el mundo? Las naciones no son eternas. Han tenido un comienzo y tendrán un fin. La confederación europea las reemplazará según toda probabilidad. Pero no es la confederación ley del siglo en que vivimos. En la hora presente, la existencia de las naciones es deseable, hasta necesaria. Su existencia es la garantía de la libertad, que se perdería si el mundo no tuviera más que una ley y un amo.

Gracias a la diversidad de sus facultades, que a menudo llegan a la oposición, las naciones contribuyen a la obra común de la civilización; todas proporcionan su nota propia al gran concierto de la humanidad que, en suma, es la más amplia realidad ideal a que aspiramos. Aisladas, presentan muchas debilidades. A menudo me digo que un individuo que poseyera aquellos defectos que entre las naciones se tienen por cualidades, que se alimentara de vanagloria, siendo hasta tal punto celoso, egoísta y pendenciero, que nada pudiera soportar sin echar mano a la espada, sería el más insoportable de los hombres. Pero todas estas disonancias de detalle desaparecen en el conjunto. ¡Pobre humanidad! ¡Hasta qué punto ha sufrido y cuántas pruebas la esperan aún! ¡Quiera guiarte el espíritu de sabiduría para preservarte de los innumerables peligros de que está sembrada tu ruta!

Resumo mi idea, señores. El hombre no es esclavo de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni del curso de los ríos o de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran congregación de hombres, sana de espíritu y ardiente de corazón, crea una conciencia nacional que se llama nación. Mientras esta conciencia moral prueba su fuerza por los sacrificios que exige la abdicación del individuo en provecho de una comunidad, es legítima y tiene derecho a la existencia. Si hubiere dudas sobre sus fronteras, consúltense las poblaciones en litigio. Tienen pleno derecho a tener voz en esta cuestión. He aquí algo que haría sonreír a los eminentes de la política, esos seres infalibles que pasan su vida equivocándose y que desde lo alto de sus principios superiores consideran con lástima nuestra mediocridad. "Consultar a las poblaciones, ¡vaya una ingenuidad! ¡Esas enfermizas ideas francesas que pretendían reemplazar a la diplomacia ya la guerra por medio de una infantil simplicidad!" Esperemos, señores, dejemos pasar el reinado de los eminentes, sepamos soportar el desdén de los fuertes. Puede ser que luego de muchos tanteos infructuosos, se vuelva a nuestras modestas soluciones empíricas. El medio de tener razón en el porvenir consiste, en ciertos momentos, en saber resignarse a no estar a la moda.